

ISLA CRIMEA

VASILÍ AKSIÓNOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVOLSKAIA
Y JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA



TÍTULO ORIGINAL: *Остров Крым.*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Editions Actes Sud, Arles, © Vassili Axionov/ACTES SUD.
© de la traducción, Yulia Dobrovolskaya y José María Muñoz Rovira,, 2018
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2018
© de la ilustración de cubierta, Sergi Puyol, 2018

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:
Automática Editorial S.L.U.

Este libro se ha publicado con la colaboración del Instituto para la Traducción Literaria, Rusia.

Published with the support of the Institute for Literary Translation, Russia.



ISBN: 978-84-15509-40-0
DEPÓSITO LEGAL: M-19092-2018

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: mayo de 2018

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ISLA CRIMEA

VASILÍ AKSIÓNOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVLSKAIA
Y JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA



I. UN REBROTE JUVENIL

Todo quisque tiene más que visto el rascacielos del rotativo *Courier Ruso*, plantado en el mismísimo centro de Simferópol, que en medio de tanta arquitectura pasada de rosca, parecido a un lápiz afilado, resulta osado por sencillo. Justo en el arranque de nuestra historia, en las postrimerías de una noche editorial un tanto caótica, en plena primavera, a finales de la década en curso o a principios de la próxima (dependerá de cuándo se publique el libro), vemos al editor del periódico, Andréi Arsénievich Lúchnikov, de cuarenta y seis tacos, en su apartamento privado, en las *vistillas*. Con este vocablo tan soviético, el solterazo Lúchnikov se refería gustosamente a su ático de *playboy*.

Lúchnikov yacía en la alfombra en una postura de quietud absoluta tratando de imaginarse a sí mismo hecho una pluma, una nubecita que, digamos, se alejara volando de los ochenta y cinco kilos de su cuerpo, pero para nada lo lograba, en su cabeza zumbaba sin parar el runrún de la redacción, concretamente los ininteligibles teletipos de UPI y ATR¹ desde África Occidental: o bien las tribus marxistas otra vez invadían Shaba, o bien al revés, una banda de matones europeos atacaba Luanda. Habían invertido buena parte de la noche en esas nimiedades, llamando en balde al corresponsal en Côte d'Ivoire, así que tuvieron que enviar a la imprenta un genérico: «Según primeros informes procedentes de...».

1 ATR - Agencia Telegráfica Rusa.

Para colmo, una inesperada llamada personal: su padre le pedía que fuese a verlo hoy mismo, sin falta.

Lúchnikov concluyó que la meditación no iba a prosperar, se levantó de la alfombra y comenzó a afeitarse observando cómo el sol, conforme a las leyes de la arquitectura moderna, distribuía las sombras matutinas y las franjas de luz por el paisaje de Simfi.

Antaño (quién lo diría ahora) era una ciudad de tercera desperdigada entre tristes colinas grisáceas, pero tras el *boom* económico de principios de los 40, el Consejo Municipal designó a Simferópol campo de justas de los más atrevidos arquitectos del mundo, y en nuestros días la capital de Crimea es capaz de sorprender a cualquier imaginación turística.

Pese a lo temprano que era, la plaza del Barón rebosaba de automóviles de lujo. Como cada *weekend*, asumió Lúchnikov, y con su Peters-Turbo se integró de pleno en el tráfico cortando el paso, saltando de un carril a otro, hasta que se metió en la callejuela por la que solía abrirse camino hacia el Nudo Subterráneo; como de costumbre, paró delante del semáforo y, como de costumbre, se santiguó. De repente, el fogonazo: ¿ante qué me he santiguado? La habitual iglesia vieja de Todos los Santos que Resplandecieron en la Tierra Rusa ya no se encontraba al final de la callejuela, en su lugar había una esfera ovalada. ¿O sea que yo, pedazo de bastardo, acabo de santiguarme ante un semáforo? Tanto emperrarme con el periódico me tiene cegado, llevo un año sin visitar al padre Leonid, me santiguo ante los semáforos.

Su costumbre de santiguarse al ver las cúpulas ortodoxas divertía mucho a sus nuevos amigos de Moscú, y el más sabido, Marlén Kuzenkov, incluso lo amonestaba: «Pero Andréi, si casi eres marxista, e incluso desde un punto de vista no marxista sino meramente existencial, recurrir a estos símbolos cándidos es de risa». En respuesta, Lúchnikov se limitaba a sonreír y cada vez que veía una cruz dorada sobre el fondo azul del cielo, rápidamente, como quien no quiere la cosa, hacía la señal de la cruz. En realidad, lo atormentaba su do-

blez social, la vanidad de su vida, su alejamiento del Templo, y ahora le espantó el hecho de haberse santiguado a la ligera delante del semáforo.

Una acidez turbia, el tufo a redacción nocturna, se removió en su alma. Simfi no concede siquiera un palmo a la nostalgia. El semáforo cambió de color y un minuto después Lúchnikov comprendió que la esfera ovalada, traspasada por la luz, era ahora la iglesia de Todos los Santos que Resplandecieron en la Tierra Rusa, la última obra maestra del arquitecto Hugo van Ploes.

El rebaño motorizado en el que iba el Peters de Lúchnikov comenzó a sumergirse en el Nudo Subterráneo, el entrelazado de túneles, una enorme trabazón vial a cuyo través los coches acceden a toda pastilla a los diversos puntos del sistema de autopistas de Crimea. La idea era organizar el tráfico subterráneo de tal modo que, acelerando la marcha, los vehículos saltasen a las jorobas de las carreteras aguantando los punteros de los velocímetros en la segunda mitad de la escala. Sin embargo, ponerla en práctica costaba más año tras año, sobre todo durante los *weekends*. La velocidad en la boca del túnel no era tan alta como para que uno no pudiese leer grandes inscripciones sobre los muros de hormigón, detalle que aprovechaban las organizaciones juveniles de la capital. Los activistas se descolgaban en sus cuerdas para pintar con colores chillones sus eslóganes, símbolos y caricaturas. Los cavernícolas de la Duma Municipal exigieron «meter en vereda a los canallas», pero las fuerzas liberales, por supuesto no sin ayuda del periódico de Lúchnikov, les hicieron morder el polvo, desde entonces las paredes de hormigón de cuarenta metros de altura en las salidas del Nudo, pintadas de arriba abajo de todos los colores, representan algo así como un lugar de interés turístico, poco menos que el escaparate de la democracia isleña. También es verdad que en Crimea cualquier pared es un escaparate de la democracia.

Ahora, saliendo por la Puerta Este, Lúchnikov observaba sonriéndose la labor del joven entusiasta que, colgado como

una arañita en medio de la pared, daba los últimos toques al gigantesco eslogan «El comunismo es el futuro luminoso de toda la humanidad», la pintura roja cubría poco a poco las revelaciones multicolores del día anterior. Sobre el trasero del muchacho, enfundado en unos tejanos descoloridos, descollaba, resplandeciente, el símbolo de «la hoz y el martillo». De vez en cuando, el chico lanzaba abajo, hacia el río motorizado, una especie de petardos de papel que estallaban en el aire espolvoreando el confeti propagandístico.

Lúchnikov miró alrededor. La mayoría de los conductores no prestaba al entusiasta la más mínima atención, tan solo dos carriles a la izquierda, unos turistas británicos claramente achispados agitaban pañuelos y sacaban fotos desde un Volkswagen California, y a la derecha fruncía el entrecejo un evapros de la tercera edad en su lujoso Russo-Baltique.

El fósil repulido, repleto de dignidad personal, giró un poco la cabeza y comentó algo a sus pasajeros. Dos hembras de mamut emergieron de las suaves honduras peleteras del Russo-Baltique y miraron por la ventanilla. Una señora de edad y una joven, las dos muy hermosas, con los ojos entornados aunque no sin interés, observaron no al arácnido en el aire, sino a Lúchnikov. Canallas de la Guardia Blanca. Me habrán reconocido: anteaer salí en la tele. Aunque también es cierto que todos los evapros se conocen. Ese par de zorras debe de estar discutiendo dónde pueden haberse encontrado conmigo: en los martes de los Beklemishev, en los jueves de los Obolenski, o en los viernes de los Nesselrode... Los cristales del Russo-Baltique se deslizaron hacia abajo.

—¡Buenos días, Andréi Arsénievich!

—¡*Madame!* — saludó, entusiasmado, Lúchnikov—. ¡Cuánto me alegro! ¡Están resplandecientes! ¿Van al partido de golf? Por cierto, ¿qué tal la salud del general?

A cualquier evapros se le podía hacer a rostro firme la pregunta de «por cierto, ¿qué tal la salud del general?»: todos entre sus parientes tenían algún que otro vejestorio de tal rango.

—Me parece que usted, Andréi Arsénievich, no nos ha reconocido —dijo suavemente la belleza otoñal; la joven se sonrió—. Somos los Nesselrode.

—Por Dios, cómo hubiera podido no reconocerlas —continuó, socarrón, Lúchnikov—. Nos hemos visto en los martes de los Beklemíshev, en los jueves de los Obolenski o en los viernes de los Nesselrode...

—¡Nosotros somos los Nesselrode! —dijo la belleza madura—. Esta es Lídochka Nesselrode, yo soy Varvara Aleksándrovna.

—Desde luego, desde luego —asintió con la cabeza Lúchnikov—. Ustedes son los Nesselrode y, por descontado, hemos coincidido en los martes de los Beklemíshev, en los jueves de los Obolenski o en los viernes de los Nesselrode, ¿correcto?

—Un diálogo al estilo de Ionesco —dijo la joven Lídochka.

Ambas damas exhibieron dentadura en sendas sonrisas encantadoras. «¿Por qué son tan amables conmigo? Me comporto como un grosero y ellas no paran de sonreír. Claro, esta temporada soy el novio. Ser de izquierdas no cuenta, lo importante es que ahora soy “un candidato de los evapros. Y hoy en día, querida, no abundan”».

—Me imagino que usted acelerará ahora su Peters-Turbo, ¿sí? —preguntó Lídochka.

—*Yés, ma'am* —La respuesta a lo yanqui de Lúchnikov sonó de lo más alarmante para los oídos rusos de las damas.

—Nuestro papá prefiere el Russo-Baltique; le va el movimiento suave, moderado, aunque sin merma de la impetuosidad —Lídochka Nesselrode trataba de mantener «el estilo Ionesco».

—Se le nota enseguida —replicó Lúchnikov.

—¿Por qué? —preguntó Varvara Aleksándrovna—. ¿Por ser su oponente político?

«Vaya, resulta que es mi oponente político».

—No, señora, comprendí que su papá prefiere el Russo-Baltique nada más verlo al volante de un Russo-Baltique.

El señor Nesselrode giró la cabeza y dijo algo.

—Mijaíl Mijáilovich pregunta qué tal la salud de Arseni Nikoláevich —Esta fue la fórmula exacta que empleó Varvara Aleksándrovna para hacer pública la réplica de su esposo.

Una mirada rápida a los automóviles que volaban por delante manteniendo la misma velocidad bastó para comprender que al poco comenzaría la subida y el rebaño iría raleando, así que Lúchnikov movió ligeramente el volante, se acercó, prácticamente se pegó al Russo-Baltique, y pronunció en un susurro fogoso casi al oído de la señora Nesselrode:

—Justo ahora voy a visitar a mi padre, es decir, me enteraré de su salud. Enseguida la telegrafiaré o la llamaré. Venga, arrimémonos todo lo que podamos. Ya no soy un pimpollo, pero estoy soltero. Ser de izquierdas no cuenta. ¿Hecho?

Lúchnikov aceleró y su bestia deportiva de color rojo vivo y alto alerón trasero se lanzó mugiendo, zigzagueando, cambiando de carril, hasta abandonar el rebaño y alejarse a toda tralla rampa arriba por la joroba del Freeway Este, restallante de sol.

El Freeway Este, saliendo a todo motor de Simfi, adquiere poco menos que la altura propia de la aviación. Un viaducto ligero, plateado, auténtico milagro de la ingeniería de carreteras, adorna el encaje de múltiples salidas y nudos viales. «¡Visiten Crimea y vean los paisajes bucólicos del siglo XVIII en el marco de la arquitectura del siglo XXI!» —prometían los folletos turísticos. Y no mentían.

«Pero en serio, ¿de dónde ha salido nuestra riqueza?», se preguntaba por enésima vez Lúchnikov desde la alta calzada mirando hacia abajo, al verdor paradisiaco de la tierra, donde se sucedían rápidamente las manchas rectangulares, triangulares, ovaladas, reniformes de las «pools» y donde por los meandros de las carreteras locales iban a visitarse entre sí los desahogados iakis en sus Cadillac. Un país amoralmente rico.

Le vino a la memoria la Autovía del Sur, o como la llaman los del Soviet, la «vía». Hacía poco, a bordo de un Volga, la

había recorrido en compañía de un viejo amigo suyo moscovita, el director de cine ahora degradado Vitali Gángut.

¿Cómo se llamaba aquel pueblo donde entramos en una tienda? ¿Fanezh? No, Fatezh. El pavimento roto de la plaza central y la invariable figura sobre el pedestal. ¿Había también una llama eterna? No, diría que solo la condición de capital de provincia admite la llama eterna. Correcto, en Fatezh no había llama eterna. Por lo menos allí no había llama eterna.

—Ahora verás nuestra abundancia —dijo Vitali.

Dentro, ante el mostrador, aguardaban unas señoras. Se giraron y sin decir nada repasaron de arriba abajo a los dos hombres. Tal vez los tomaron por extranjeros: bolsos extraños colgados del hombro, chaquetas extrañas... Mientras recorríamos la tienda estudiando los escaparates, las mujeres nos observaban en silencio, pero enseguida apartaban las miradas cuando tropezaban con las nuestras.

En resumen, allí no había nada. Bueno, tampoco hace falta exagerar, o, mejor dicho, aminorar los logros: alguna cosa sí había —una variedad de caramelos, unos barquillos húmedos, una variedad de galletas, pescado en lata de la marca «El desayuno del viajero»... En el departamento llamado Gastronomía te topabas con algo terrorífico: un mazacote congelado de pescado de aguas profundas. El pescado prensado industrialmente y convertido en una losa enorme ya no parecía pescado, tan solo en algunas partes de la superficie sucia y manchada de sangre se veían los morros enseñando los dientes, yertos visitantes de Fatezh procedentes de la oscuridad eterna.

—Echo en falta algunas cosas —Con una sonrisa infame, Gángut se dirigió a las mujeres.

—¿Qué busca? —preguntaron ellas secamente.

—Queso —farfulló Lúchnik—. Queríamos comprar un poquito de quesito—. Hacía tiempo que se había familiarizado con la asombrosa querencia de los soviéticos por los diminutivos a la hora de referirse a los alimentos.